

en la corte, aunque no bastante ricos para la explotación de la tierra, pero que querían impedir á quien quiera que fuese todo comercio ó beneficio en su territorio. Mientras que la península de Acadia, la futura Nueva Escocia, pertenecía al señor de Poutraincourt, una dama, la señorita de Guercheville, era considerada como propietaria de toda la Nueva Francia, al oeste de la península de Acadia, y los agentes de la concesionaria estaban autorizados por el rey para expulsar á todo extranjero ó Francés que encontrasen «en el río, más arriba del paraje de Gaspé»; más allá «todo tráfico y comercio» quedaban prohibidos á «todo capitán, piloto, marinero y demás del mar Océano»¹.

Así se retrasó la colonización y hasta fué completamente impedida durante un siglo. La multitud de los pescadores debió contentarse en todas partes con albergues provisionales; los colonos no pudieron tomar oficialmente posesión de la tierra y fundar establecimientos permanentes hasta el principio del siglo XVII, en 1604, en Port-Royal de la Acadia — actualmente Annapolis —, y en 1608, en Quebec, es decir, en el «Estrecho», sobre el ancho puerto que forma el río San Carlos en su confluencia. Pero los escasos emigrantes conducidos al Canadá por Samuel Champlain no eran bastante ingeniosos para saber hallar su alimento en aquellas tierras fecundas, al borde de aquel río abundante en pesca; cuando faltaban las provisiones enviadas de Francia, reinaba el hambre y el escorbuto diezaba los colonos. Fuera de la vana busca del oro y del comercio de los *pelus* ó peleterías, los recién venidos no conocían ningún oficio y no tenían ninguna iniciativa. Fué preciso el genio del parisién Hébert para inventar la jardinería sobre aquella tierra fértil que sólo deseaba producir.

A la pobreza y á la incuria de los concesionarios, á la ignorancia de los colonos, pronto se unió otra causa de lentitud en la apropiación de la tierra: la intolerancia religiosa. Los inmigrantes que se hubieran presentado en mayor número, si el gobierno colonial hubiera autorizado la población espontánea, hubieran sido los protestantes, puesto que la mayor parte de ellos eran perseguidos en la madre patria, á quienes el cambio de fe, la ruptura de los lazos

¹ Benjamín Sulte, *Histoire des Canadiens français*.

tradicionales y las duras necesidades de una existencia nueva les dotaba de cierta iniciativa. En efecto, en los primeros tiempos desembarcaron en el Canadá unos hugonotes procedentes principalmente de Saintonge. Protegidos en un principio por el espíritu de tolerancia que había dictado el edicto de Nantes, fueron pronto obligados á salir de la colonia: la práctica de una ortodoxia intransigente acabó por imponerse y la unidad de fe prevaleció, con gran beneficio material del clero, que había llegado á ser soberano.



Cl. Sellier.

QUEBEC AL FINAL DEL SIGLO XVII

Los verdaderos reyes del Canadá, de quienes dependían los gobernadores lo mismo que los colonos, eran los misioneros jesuitas: disponían de todas las altas situaciones, les pertenecían las tierras más ricas y por el diezmo se atraían una parte considerable de la propiedad de los fieles. Al lado de esa aristocracia de la Compañía de Jesús, los franciscanos y los hermanos recoletos descalzos eran considerados como una especie de plebe religiosa, buena á lo sumo para convertir indígenas, con los cuales solían asociarse. Dueños de la tierra, los jesuitas hubieran querido poseer también el monopolio del comercio, y veían con malos ojos cómo se enriquecían los aventureros con el comercio de pieles. Las ordenanzas formales, solicitadas por ellos, prohibían á los «corredores», so pena de galeras, la caza á más de una legua de distancia, de lo que resultó que los «buscadores de pistas», obligados á huir de la sociedad culta, iban á vivir entre los Indios, que les acogían fraternalmente, y que sus familias, compuestas de «palos quemados», es decir, de mestizos, se reabsorbían poco á poco en la población aborigena. La alianza

de la sangre entre los colonos franceses y las tribus de Pieles Rojas, que hubiera dado una base sólida á la raza nueva y quizá le hubiera permitido resistir después el ataque de los colonos ingleses del litoral, fué reprobada por los directores espirituales del Canadá como una práctica inmoral, y se prefirió dirigirse á los curas de las parroquias francesas para el envío de huérfanas, lo mismo que á la policía de París para extraer de los asilos y de las cárceles mujeres encargadas de conservar en las orillas del San Lorenzo la pureza de la sangre europea. Debido á aquellas remesas de mujeres casaderas los Canadienses de la parte baja del río han permanecido siendo Franceses de origen auténtico¹.

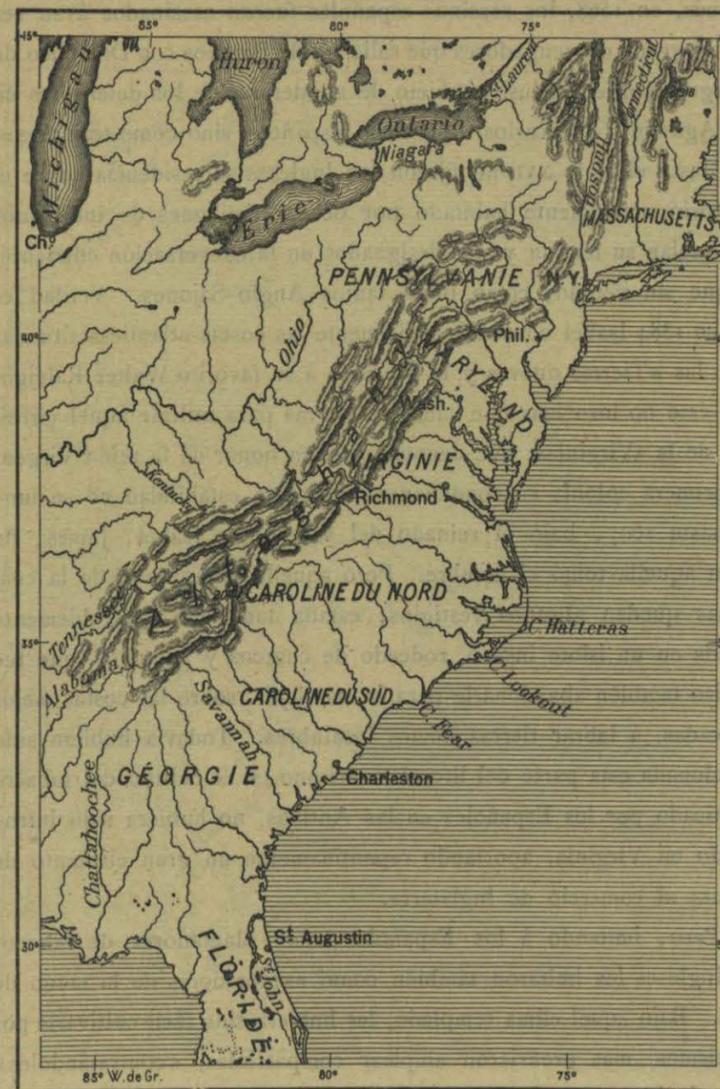
Durante el mismo período, la Gran Bretaña, indudablemente mejor situada para las relaciones con el mundo exterior, empleó su excedente de fuerza para el comercio, ya que no para la emigración colonial, mucho más activamente que Francia. Inglaterra, lo mismo que Holanda, reemplazaba á España y Portugal en la importación de las especias y otros géneros preciosos. Los galeones españoles, perseguidos sobre las rutas habituales del Océano, no se atrevían ya á arriesgarse en ellas sin ir acompañados de poderosos navíos, mientras que los ligeros barcos de los corsarios Hawkins y Drake recorrían audazmente los mares.

En 1600 dió la reina Isabel su primera carta á la compañía de las Indias Orientales; pero las dificultades para poblar el Nuevo Mundo fueron en un principio tan grandes para los Ingleses como para sus rivales los Franceses, y no llegaron á un resultado definitivo hasta algunos años después. Sobre la costa de los Estados Unidos actuales, lo mismo que sobre el litoral del Canadá, los primeros colonos que llegaron fueron hugonotes franceses buscando un lugar de paz lejos de la patria madrastra: eran, en 1562, una veintena de individuos dirigidos por Ribaud, amigo de Coligny, que se establecieron en uno de los islotes del estuario principal de la actual ciudad de Charleston, metrópoli de la Carolina del Sud; pero aquellos hombres de guerra, colocados en un nuevo medio carecieron de la inteligencia necesaria para acomodarse á él, y huyeron arrostrando los peligros del mar

¹ Benjamín Sulte, *Prétendue Origine des Canadiens français*.

para evitar los de la tierra. Dos años después hubo un segundo desembarco de hugonotes, esta vez más al Sud, en un islote del río

N.º 396. Litoral norteamericano



1: 12 500 000

100 300 600 Kil.

floridiano llamado en el día el Saint-John; pero la noticia de su llegada se propagó á lo lejos entre los Indios, y los Españoles de las Antillas, advertidos de la presencia de aquellos Europeos, doblemente

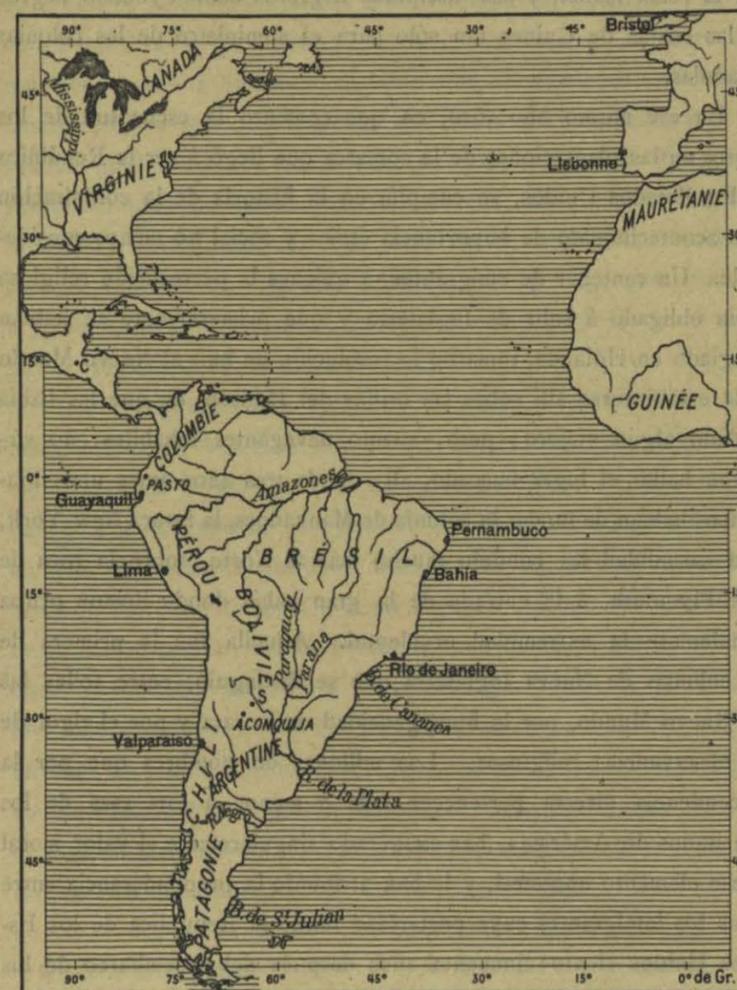
enemigos como Franceses y como herejes, fundaron en las inmediaciones el puerto de San Agustín, que todavía existe, y sorprendieron el fortín de los hugonotes para asesinar á los habitantes. Tres años después, en 1568, los asesinos españoles fueron asesinados á su vez por un grupo de vengadores que salieron de Burdeos con Dominico de Gourgues con el exclusivo objeto de apoderarse de los defensores de San Agustín y ahorcarlos, «no como Españoles sino como traidores».

Hasta el siglo XVII no fijaron los Ingleses su residencia sobre el territorio actualmente habitado por ochenta millones de individuos que hablan su lengua y son designados en la conversación corriente, aunque sin verdad, como otros tantos Anglo-Sajones. Verdad es que en 1584 Isabel concedió oficialmente las costas atlánticas situadas entre las «Tierras nuevas y la Florida» á su favorito Walter Raleigh, pero éste no hizo más que vanas tentativas para utilizar aquel virreinato de la «Virginia», que denominó así en honor de la reina Virgen. La primera colonia en condiciones de alguna estabilidad no se fundó hasta 1607, bajo el reinado del sucesor de Isabel, James, de quien aquélla tomó el nombre. Pero aquella Jamestown, de la cual apenas quedan algunos vestigios, estaba tan poco favorablemente situada en un islote insano, rodeado de charcos y pantanos, que fué preciso también abandonarle para ir más lejos, sobre las costas mejor desecadas, á labrar tierras menos insalubres. Todavía hubiera sido abandonada esta parte del litoral americano, si el cultivo del tabaco, practicado por los Españoles en las Antillas, no hubiera sido introducido en Virginia, aportando repentinamente un gran elemento de riqueza al comercio de Inglaterra.

Pero, imitando á los Españoles como plantadores de tabaco, los Ingleses les imitaron también como explotadores de la mano de obra. Bajo aquel clima templado, les hubiera sido fácil cultivarle por sí mismos, mas prefirieron emplear compatriotas, «contratándoles» en esclavitud temporal. Los agentes de los concesionarios virginios iban á reclutarlos á los puertos ingleses ó á capturarlos en cualquier territorio enemigo, y después los vendían á tanto por cabeza á los plantadores. Se compraban también mujeres, sea para los colonos propietarios, sea para los «contratados», al precio medio de 1,200 á 1,500 libras de tabaco. El gobierno inglés favorecía ese comercio,

entregando á los tratantes presos políticos ú otros, que sirvieron para constituir poco á poco, á medida que se iban emancipando, el grueso de la población libre de Virginia. Algunos negros, destinados á

N.º 397. Océano Atlántico.



Canevas Mercator

La escala ecuatorial de este mapa es de 1 á 100 000 000.

S = Santiago del Estero; C = Copan.

El primer camino de la trata de negros fué de Guinea hacia las Antillas y Virginia.

permanecer esclavos durante toda su vida, «gracias á una feliz disposición de la Providencia», fueron también desembarcados en los mercados de la costa desde el año 1620, pero no eran de importación

inglesa; los habían proporcionado unos tratantes holandeses. Inmediatamente después, los marinos ingleses se apresuraron á monopolizar el tráfico de los negros con los colonos, sus compatriotas de ultramar. Antes de aquella época, el corsario Hawkins, en comandita con la reina Isabel, y sus discípulos negreros habían robado negros en las costas de Guinea tan sólo para el suministro de las colonias españolas.

En ese mismo año 1620, en que comenzó la esclavitud de los negros en las plantaciones de la comarca que llegó á ser la República de los Estados Unidos, se cumplía en la historia de la colonización otro acontecimiento de importancia étnica y social no menos considerable. Un centenar de emigrantes, á quienes la persecución religiosa había obligado á salir de Inglaterra y que primeramente se habían refugiado en Holanda, tomaron la resolución de huir al Nuevo Mundo y de establecerse allí sobre las orillas del Hudson, de que les había hablado algún viajero; pero, siendo navegantes inhábiles, no supieron hallar el lugar buscado, allá donde tres años antes unos Flamencos habían de fundar la colonia de Manhatoes, la futura New-York, y la casualidad les condujo mucho más al Norte, sobre la roca de New-Plymouth, á la entrada de la gran bahía donde Boston ocupa actualmente la extremidad occidental. Aquella fué la primera de las colonias de Nueva Inglaterra que se distinguió, entre todas las del Nuevo Mundo, por la homogeneidad de la raza y por el rigor de las observancias religiosas. Los millones de hombres que por la descendencia directa pertenecen más ó menos á esta raza de los «Puritanos de América», han exagerado singularmente el valor moral de ese elemento ancestral, y le han atribuído la preponderancia entre todos los inmigrantes cuya posteridad fundó la República de los Estados Unidos ciento cincuenta años después del desembarco de los «peregrinos». Es indudable que aquellos hombres, firmemente convencidos de ser poseedores de la verdad eterna y los representantes infalibles del «Altísimo», ejercieron una acción inicial muy poderosa, pero también muy funesta, sobre las generaciones que se sucedieron, persiguiendo á los Indios Pielas Rojas, como otros tantos «Amalecitas» y «Amorrheos», y castigando con el hierro candente, la prisión y la muerte á los herejes, los blasfemos y las brujas.

En las colonias del norte de América, la apropiación del suelo se hizo en condiciones muy diferentes á las en que se hizo en los territorios de la conquista española, produciendo también consecuencias históricas muy distintas. Los soldados de Cortés, de Pizarro y de Almagro se apoderaron del Nuevo Mundo en nombre de su rey, considerado como propietario directo y absoluto de la tierra conquistada y de sus hombres, en tanto que los inmigrantes del litoral americano que se extiende desde la Florida á Terra Nova y al Labrador meridional, se constituían en grupos bajo la dirección y responsabilidad de concesionarios. Siendo esas colonias inglesas, holandesas ó francesas, no eran producto de expediciones militares, sino el resultado de empresas relativamente pacíficas, que conducían á la fundación de pequeñas sociedades análogas á la de la madre patria, Inglaterra, Holanda ó Francia.

Los inmigrantes que acababan de pasar el mar obraban absolutamente como hubiesen obrado de tener sólo que atravesar un río para ir á establecerse á un erial próximo. Los personajes que habían obtenido de su gobierno el derecho de adquirir un feudo en país de ultramar, llevaban consigo sus vasallos, y el territorio ocupado sufría en un principio un régimen análogo al de los feudos de la madre patria. En el fondo se halla en todas partes el mismo sistema: un señor personal ó impersonal que recibe de la corona la investidura señorial sobre una región determinada, con el cargo de efectuar en ella la población con hombres escogidos. Por sí mismos los colonos no habían tenido la idea de expatriarse; pero siguiendo al segundón de familia ó al aventurero que les conducía y les hacía esperar una bella posición, se decidían á partir para el Nuevo Mundo, donde les esperaba una hacienda de grandes dimensiones, y quizás, si les favorecía la suerte, llegarían á ser á su vez poseedores de feudos y señoríos.

De todas las colonias norteamericanas, las que conservaron mejor y por más tiempo su carácter feudal fueron las de Acadia y Canadá, debido á que los señores canadienses habían venido acompañados de sus clientes, vivían la misma vida y llegaban á constituir con ellos una especie de clan que recordaba, aunque en condiciones muy preferibles gracias al bienestar, la antigua existencia en el país natal.

Ese estado de cosas se conservaba tan firme, gracias á la rutina hereditaria, que no fué muy modificado por la conquista inglesa hacia el fin del siglo XVIII, y aun quedan en nuestros días notables supervivencias.

La evolución fué más rápida en las colonias del litoral fundadas ó adquiridas por los Ingleses. Las compañías á las que la Corona cedía grandes extensiones de terreno, divididas en feudos, estaban representadas en el Nuevo Mundo por encargados de negocios, no por los señores concesionarios. Lord Baltimore, á quien se regaló el Maryland, y William Penn, fundador de la Pensylvania, se cuentan entre los escasos personajes ingleses que fueron á instalar á sus terratenientes, el primero en 1632, el segundo en 1681, y aun no residieron mucho tiempo en sus territorios. Los mandatarios no tenían la autoridad suficiente para conservar los derechos señoriales, de lo que resultaron profundas modificaciones en la primitiva organización feudal: pronto no se vió en aquellos derecho-habientes más que simples recaudadores contra los cuales se rebeló cada vez más la opinión. Los terratenientes se ligaron en asambleas deliberantes, y las reuniones anuales se transformaron gradualmente en reuniones políticas, en las que fueron rechazados los privilegios feudales.

Las diferencias de toda clase procedentes del alejamiento, de las nuevas condiciones del trabajo, del suelo y del clima produjeron en las diversas colonias la más extraña mezcla de instituciones distintas donde era difícil reconocer el primitivo carácter. En las colonias del Sud, los pequeños feudatarios se desembarazaron pronto de los altos personajes á quienes habían sido concedidas las provincias, y constituyeron una verdadera aristocracia territorial que hacía cultivar sus tierras por «alquilados», es decir, por blancos esclavizados temporalmente ó por verdaderos esclavos negros. En las comunidades de la Nueva Inglaterra la evolución tomó muy diferente aspecto: el celo religioso de los puritanos modificó el régimen feudal de la sociedad, reemplazando la autoridad de los vasallos concesionarios por el poder de los pastores y los consejos de disciplina eclesiástica; el gobierno se transformó en un consejo teocrático cuya jerarquía reemplazó á la del antiguo feudo. Sin embargo, las instituciones se entremezclaron de una manera tan extraña, que la provincia puritana por excelencia,

la de la «Bahía» ó de Massachusets, quedó «señora» de las dos provincias compradas en el territorio del Marne y gobernadas contra su voluntad.

Cualesquiera que fuesen los cambios económicos y sociales que se producían en las colonias del litoral norteamericano, conservaron sobre las de España la ventaja capital de quedar en relación constante con las madres patrias y de participar por ello de una manera más íntima de su vida política y moral. En tanto que las colonias españolas, dependientes únicamente del «Consejo de Indias» y cerradas á todo comercio, á toda inmigración no recomendada por autoridad real, acababan por ser completamente ignoradas de los mismos Españoles y se hallaban, como antes de Colón, separadas de Europa por un mar desconocido, las tierras de la América del Norte que hacen frente directamente á Francia y á Inglaterra se acercaban, por el contrario, cada vez más, y sobre ambas orillas del «gran foso» se propagaban los movimientos históricos por una misma ondulación. Entre Inglaterra y sus colonias, la unidad de civilización se revelaba con toda evidencia.

